

algar

COLECCIÓN
CALZETÍN

El misterio de la fórmula robada

Israel
Campos

Dibujos de
Mario
García
Arévalo





1

Sandra

Aquella tarde de verano hacía un calor espantoso. Sin embargo, Sandra estaba tan a gusto tumbada en la cama, disfrutando de una fresca y deliciosa limonada que su madre había preparado. Mientras, leía un libro que le gustaba tanto que se sentía triste porque apenas le quedaban un par de capítulos para acabarlo. Claro que eso no era problema para una lectora como ella; sobre su escritorio esperaban un par de libros más para ser leídos en cuanto acabase el que tenía entre manos. Y es que, a sus once años, era toda una lectora capaz de devorar libros lo mismo que un amante de la carne devoraría hamburguesas. Le encantaba encerrarse en su cuarto y dejarse llevar

por la magia de las palabras que contenían aquellas páginas.

Por desgracia, esa tarde la magia estaba siendo interrumpida por ciertos ruidos que, mira por dónde, venían de la habitación de al lado...



2

Pedro

... Porque su hermano Pedro jugaba sin parar a la PlayStation con el volumen del televisor al máximo. Esta vez le tocaba el turno a un juego de naves en el que él debía pilotar una a través de un laberinto espacial.

El caso es que Pedro no estaba muy bien de reflejos esa tarde porque no paraba de estrellarse una y otra vez. Y llevaba horas intentándolo... Lo de poner el televisor a todo volumen era una costumbre suya porque, según él, daba realismo al juego. La cuestión era que, después de horas de realismo, Pedro y su juego estaban empezando a provocar dolor de cabeza.

9

Algo parecido tuvo que pensar Sandra cuando entró en la habitación de su hermano sin llamar. Y con cara de muy malas pulgas, por cierto.

–¿Quieres hacer el favor de bajar eso?

–¿El qué? –preguntó Pedro con cara de inocente, como si no hubiese roto un plato en su vida.

–¡La tele! ¡Con este escándalo no hay quien se concentre!

–Pues cierra la puerta –dijo Pedro sin ni siquiera mirar a su hermana.

–¡Ya tengo la puerta cerrada!

–¡Pues ciérrala más!

–¡Está cerrada del todo!

–¡Déjame en paz! –se quejó Pedro volviendo a su partida–. ¡Me estás desconcentrando! ¡Mira: ya me han derribado otra vez!

–¿Qué? –preguntó sorprendida Sandra–. ¡Lo que hay que oír! ¡Baja eso!

–¿Eh? ¡No te oigo!

–¡Que lo bajes!

–¿Quieres hacer el favor de no gritar? ¡Eres una gritona!

–¡Y tú debes de estar sordo! ¡Bájalo o se lo diré a mamá!

–¡Niños! –les llamó su madre desde el piso de abajo–. ¿Ya estáis peleando otra vez? ¡Dejad los gritos y venid! ¡Ha llegado!